

**PANEGÍRICO**  
**DE SAN JUAN BAUTISTA,**  
Precursor del Mesías:

PRONUNCIADO

*En la Iglesia Parroquial del Sello,  
delante de su S. A. S. la Duquesa  
de Maine.*

*Joannes est nomen ejus.* Juan Bautista es su nombre. *Luc. I. v. 63.*

**E**l nombre solamente de algunos hombres forma su elogio. En vano nos valdríamos de los mas ingeniosos rodéos de la eloqüencia para manifestar lo que han sido y lo que han hecho ; y fuera inútil estudiar el modo de producirse para dar á conocer con una brillante idea la grandeza de sus acciones y el resplandor de sus virtudes. Esto sería estar dibuxando siempre su retrato y no acabarle jamas. Comúnmente se cree aumentar la gloria de los héroes que se celebran haciendo una pom-  
po-

posa descripción de sus maravillas ; pero el elogio , quanto mas natural , hace mas sublimar la idea. Pronunciar su nombre , es acabar su panegírico.

No haya miedo , pues , de que yo os diga , hermanos míos , que el Precursor del Mesías se representa hoy como un Profeta de la Judéa : un hijo , que es el esplendor de los santos , la alegría de los Angeles , el silencio de los profetas y la voz de los apóstoles : un hijo , que creerían ser un Dios , si él mismo no declarase que era un hombre. Yo me aparto de todos estos títulos , ó , por mejor decir , los junto todos. El nombre de este niño es el de *Juan Bautista*. *Joannes est nomen ejus.*

En efecto , ¡ cuántos prodigios me representa este nombre ! El me excita á la memoria la inocencia y la autoridad de José : la fé y el poder de Moysés : el zelo y la piedad de Elías ; y me representa , en fin , los privilegios mas admirables y las mas heróicas virtudes.

Los privilegios de *Juan Bautista* , son los que forman su gloria. *Punto primero.*

La fidelidad con que *Juan Bautista* corresponde á sus privilegios , forma su mérito. *Punto segundo.*

V. A. Señora , me impedís el que os alabè , por haberme mandado celebrar las glorias de este santo en un templo á quien vuestros beneficios engrandece. Desde luego dexaré yo gustoso al cuidado de los mayores ingenios de la Francia el encargo de publi-

car la elevación de vuestro espíritu; y á una corte brillante, de quien sois todas las delicias, el de engrandecer la generosidad de vuestro corazón. Solamente diré, como ministro del Evangelio, que por los sentimientos de Religión que teneis, prestais un nuevo resplandor á vuestro augusto nacimiento. A la verdad, que ninguno es grande sino por la virtud. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

En las sagradas Escrituras es donde buscamos los privilegios, que al mismo tiempo que distinguen á *Juan Bautista*, forman su gloria. Privilegio en el acontecimiento de un nacimiento milagroso: privilegio en el conocimiento de los misterios mas ocultos; y privilegio, en fin, en el testimonio que Jesu-Christo le da.

El primer privilegio de *Juan Bautista*, es el de su milagroso nacimiento. Si es cierto que este es un presagio de lo que se ha de llegar á ser algun dia, y de que por la grandeza presente se nos permite juzgar de la futura; ¿qué conseqüencias tan prodigiosas son las que nos anuncian las primeras maravillas que precedieron y acompañaron á su nacimiento? Hagan en buena hora ostentacion de su nobleza los hijos de los príncipes, y alaben la sangre de que proceden, que *Juan Bautista* tiene mas gloriosas ventajas.

Los hijos de aquellos nacen entre el oro y la púrpura. El resplandor que les rodea,

da á entender el papel tan grande que muy en breve han de hacer en el teatro del mundo. Las alabanzas les buscan, el respeto se les anticipa, los placeres y diversiones les esperan. El pueblo les contempla felices, porque parecen serlo. ¿Pero lo son? Nada ménos que eso. En medio de su mayor gloria, se levanta una espesa nube que obscurece su lustre; é hijos, como nosotros, de un padre prevaricador, no les libra el trono del golpe de la desgracia. Ellos bien pueden ser virtuosos por inclinacion, pero tambien son culpables como nosotros por castigo: aun no son grandes á la vista del mundo, quando ya son criminales á los ojos de Dios. La iniquidad precede así en ellos como en nosotros al nacimiento; y si la sangre les pone sobre nosotros, el pecado les hace nuestros semejantes.

No sucede así con *Juan Bautista*. Ninguna cosa se opone á su gloria. Los primeros dias de su vida son unos dias de claridad. Apenas abre los ojos á la luz, quando cierra el corazón al vicio. Su nacimiento es la destrucción del crimen y el triunfo de la virtud. Aun diré mas, estaba muerto al pecado ántes de vivir en el Mundo. Aun no habia formado la naturaleza un hombre, y ya habia hecho un santo la gracia.

Es un nuevo Jeremías á quien llama el Señor desde el vientre de su madre; pero superior á aquel Profeta, corresponde á la voz que le llama. Aun no podia pronunciar con su lengua las palabras, y ya se hacia enten-

tender por medio de las señales. *Exultavit infans in utero* (1).

Yo no haré mención de la esterilidad de Elisabeth. El nacimiento del Precursor debía disponer el del Mesías. Era menester que un prodigio atraxese otro, y que naciese *Juan Bautista* de una madre estéril para disponer al Mundo á que viesse nacer al Salvador de una Madre Virgen. Asi lo siente San Ambrosio.

Nada diré acerca del misterioso silencio de Zacharias. *Permansit mutus* (2). Zacharias perdió el habla milagrosamente, y milagrosamente la recobró. Dudó para conocer después mas bien. La Providencia le habia destinado para que fuese el primer panegirista de un misterio, ya que habia sido tambien el primer testigo. Asi se explica San Gregorio el Grande.

En efecto, amanece el dia y nace este niño que tantos suspiros ha costado. Este niño, anunciado á presencia del Arca y de los altares al tiempo del sacrificio. Admirados los pueblos de semejantes maravillas preguntan á porfia: ¿ Quál será la gloria de este niño algun dia? ¿ quál el resplandor de este sol en su medio dia, si es tan brillante en su aurora? *Quis putas puer iste erit* (3).

Yo podria responderles con San Pedro Crisólogo, que tendrá el fervor, la ciencia, la

(1) Luc. I. 41.

(2) Luc. I. 22.

(3) Luc. I. 66.

la sabiduría y la pureza de los Angeles. *Par Angelis*. Con San Agustin, que será tan grande y tan perfecto, que le tendrán por el mismo Jesu-Christo. *Tam magnus, ut posset Obvolutus putari*. Con San Bernardo, que tendrá mas lucés que los Evangelistas, mas zelo que los Apóstoles, mas firmeza que los Martires, y, en una palabra, que no se podrá comparar sino consigo mismo.

Mas no: para celebrar la gloria de *Juan Bautista*, no es necesario que nos valgamos de otra cosa que de las palabras de Zacharias. Este se arrebató fuera de sí mismo. *Repletus est Spiritu Sancto* (1). Su espíritu se eleva sobre las tinieblas de las cosas futuras. Explica muy por menor la grandeza de *Juan Bautista*: *Propbetavit* (2). Asegura á todo el Mundo, que será el Profeta del Altísimo, y que enseñará á los pueblos la ciencia de la salvacion. *Ad dandam scientiam salutis plebi ejus* (3). Idea otro tanto mas natural, quanto al privilegio de un milagroso nacimiento debia añadir el conocimiento de los mas ocultos misterios.

San Bernardo le distingue con esta bella señal: *Juan Bautista*, es el primero que tuvo un completo conocimiento del reyno celestial. Antes de él, añade este Santo Padre, habian recibido los hombres insignes favores de Dios; pero el conocimiento del reyno celestial,

M 4

no

(1) Luc. I. 67.

(2) Idem. Ibidem.

(3) Luc. I. 77.

no se les concedió sino imperfectamente á sus débiles luces.

¡Qué hombres fueron tan grandes Moisés, Josué y Elías! Todo lo podían: todo lo conocían; pero ellos ignoraron lo que fuese el reyno celestial, ó, por lo ménos, no nos lo dieron á entender. *Regni caelorum memoria, nec nominatur, nec auditur* (1).

Pero ¿qué digo yo, continúa San Bernardo? Desde el principio del Mundo busco, y no encuentro, entre los Jueces, Profetas y Patriarcas uno solo que hubiese hecho mención de este misterio ántes de Juan Bautista. Todo mi trabajo acerca de este punto ha sido en vano. Juan Bautista fué el primero que le conoció é hizo conocer. El primero que hizo oír aquellas magníficas y consoladoras palabras: *haced penitencia*, porque el reyno de los cielos se acerca.

Aquel Dios á quien no conoceis y está en medio de vosotros, es un Dios de paz y de misericordia. *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis* (2). Sí, el crimen excita su cólera, y la penitencia mueve sus gracias. El reyno que promete, no es ménos la recompensa del penitente que del justo.

Si la suerte de Juan Bautista os ha parecido hasta aquí tan gloriosa ¿quánto mejor os parecerán los conocimientos que ninguno otro ha tenido para sobrepajar á los Doctores de la Ley antigua, instruir á los de la

(1) Bern. Serm. de priv. S. Joan. Bapt.

(2) Joann. I. 26.

nueva, y, al mismo tiempo que era hombre, penetrar hasta la divinidad? Sí: hasta la divinidad penetró. ¿Qué cosa hubo en Dios tan oculta y tan secreta, que no entendiese y explicase?

Como mas ilustrado y mejor instruido que los Apóstoles, no mira él á Jesu-Christo como un conquistador de la tierra, ni como un príncipe temible que debe reducir en polvo el trono de sus contrarios, apoderarse de su corona y establecer un reyno temporal, sometiendo á sus leyes al Universo; sino que le mira y nos le anuncia como hijo de Dios, y Dios mismo, como eterno y nacido en tiempo, como impecable y cargado con los pecados de los hombres. *Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est* (1).

Pero lo que llama de nuevo mi atención, es la particularidad de haber sido un verdadero misterio en la Religion christiana. El encierra en sí todos los demas que hay en ella. Los profetas le conocieron ya, quando á los hombres no se les habia concedido esta gracia, y sin embargo le conocieron imperfectamente. Los christianos le reverencian, y no pueden comprehenderle. Quanto mas procuran descubrirle, mas obscuro é impenetrable les parece. Este es un laberinto en donde la razon se pierde, si la fe no la ilumina.

Juan Bautista es el primero para quien este misterio parece dexa de serlo. Este abis-

(1) Joan. I. 27.

mo de tinieblas, en donde se pierde y confunde el entendimiento humano, se le presenta claro y sensible.

A mí se me figura que vuestro espíritu os conduce ya á las riberas del Jordan. Ya os parecerá que estáis viendo al hijo de Dios á los pies de *Juan Bautista*: pero ¡qué espectáculo! Aquel padre celestial despide su voz diciendo: ved ahí, ahí teneis á mi hijo querido: ese hijo es el único objeto de mis complacencias. El Espíritu Santo desciende en figura de paloma:: ¡Qué conocimientos! ¡qué favores! ¡Ah! Concedid, pues, lo que yo no puedo explicar. Las palabras faltan á los conceptos. Un hombre bautiza á un Dios; y este hombre ve y conoce lo más secreto y lo más misterioso que hay en el orden de la gracia. Yo aseguro, que aun quando hubiera hecho el elogio de muchos Santos, no habria comenzado aun el de *Juan Bautista*. Para hacer dignamente el de su gloria, es preciso servirme de las palabras del mismo Jesu-Christo. Este Señor, pues, le da el testimonio ménos equívoco y más glorioso.

El tener de su parte la aprobacion de los hombres, es una ventaja que no siempre la produce el mérito. Los hombres se pueden engañar en el juicio que forman de los demás. Muchas veces sucede que el ménos acreedor es el que tiene más panegiristas.

No sucede lo propio con el testimonio que da Jesu-Christo, porque la grandeza de la virtud gobierna siempre la de sus elogios. ¿Qué elogio, ni qué parecer más sin-

céroy glorioso que el de la misma verdad?

Los que pudieron juntar quanto tiene el arte de maravilloso para formar el retrato de *Juan Bautista*, fueron San Ambrosio, San Agustín y San Chrisóstomo. Nada de quantos títulos pomposos, de quantas imágenes brillantes y de quantos pensamientos sublimes hay, nada falta á la perfeccion de sus pinturas. Pero ¿acaso han ensalzado aquellos grandes hombres la gloria de *Juan Bautista*? No, christianos oyentes: el fuego de la imaginacion solo pudo subministrarles unos rasgos nobles y magníficos; pero no le pudo ponderar, ni encarecer su eloquencia con otro elogio que con aquel que, aunque más simple y sencillo, no por eso fuese ménos enérgico. Solo una palabra de Jesu-Christo contiene la multitud de sus pensamientos. Quanto dixeron de más admirable, no es otra cosa que una mera explicacion del más perfecto panegírico.

Vosotros habeis estado en el desierto, decia el Salvador del Mundo á los pueblos que le seguian, y habeis visto á *Juan Bautista*. ¿Corresponde su virtud á su reputacion? *Quid existis in desertum videre* (1)? ¿Es acaso alguna débil planta, á quien un ligero viento agita y tuerce? *Arundinem vento agitatam* (2)? ¿Un hombre semejante á aquellos á quienes tiranizan las pasiones y se sepultan cobardemente en el centro de una vergon-

(1) Matth. II. 7.

(2) Matth. II. v. 7.

gonzosa ociosidad? ¿Quántas son las maravillas que os han admirado? *Quid existis videre* (1)? ¿Encontraréis acaso algun profeta como él? *Propbetam*? Por mas grande que sea vuestra idea, nunca corresponderá al mérito de *Juan Bautista*. Este es superior á los Profetas por la excelencia de su vocacion, por la singularidad de su ministerio, por la infinidad de sus virtudes y por mil circunstancias que tiene, y ninguno otro las posee. *Plus quam Propbetam* (2). Si, superior á los Profetas. Pero aun digo poco. Entre los hombres, no hay ninguno que pueda ser comparado con él. La gloria que los otros tienen repartida entre sí, se halla reunida en él solo. *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista*.

Si se me representa la fé de un Abraham, la penitencia de un David, la sabiduría de un Salomon, la intrepidez de un Matías, y la constancia de un Eleázaro, confesaré desde luego, que aquellos hombres han sido unos prodigios; pero tampoco podré ménos de decir, que *Juan Bautista* excedió otro tanto á todos ellos, quanto ellos excedieron á los demas hombres. *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista* (3).

¡Qué gloria, la de haber tenido á Jesu-Christo por panegirista! ¡Qué mérito, el de

(1) Matth. II. v. 9.

(2) Ibid. 9.

(3) Matth. II. II.

haberse hecho digno de ello! La fidelidad con que *Juan Bautista* corresponde á sus privilegios, es la parte que nos resta.

## SEGUNDA PARTE.

Para corresponder *Juan Bautista* á sus privilegios, era menester que fuese un exemplo de humildad, de zelo y de constancia. Por su humildad, corresponde al milagro de su nacimiento; por su zelo, á la extension de sus conocimientos, y por su constancia á los testimonios que le dió Jesu-Christo.

Yo desde luego establezco su mérito sobre la humildad mas profunda. Atendamos á sus primeros dias y verémos, que como superior á las flaquezas de la infancia y dueño de su corazon, sin conocer aun los primeros movimientos de él, se excede á su razon, triunfa de la naturaleza, y forma y executa el mas heróyco designio.

El huir del Mundo por necesidad, despues de haberse unido á él por flaqueza, es muchas veces una ambicion refinada. Se toma la mascarilla de la virtud por la virtud misma.

La conducta de *Juan Bautista* me respresenta otra escena muy diversa. El dexar al Mundo, ménos es por olvidarle, que por no conocerle: ménos por evitar la persecucion, que por apartarse de los honores. En efecto, sigámosle entre los horrores de su desierto. *Erat in desertis* (1). La humildad es quien

(1) Luc. I. 80.

quien le conduxo á él, y quien le sostiene. El deciros, christianos oyentes, que se impuso la vida mas austérea, que no interrumpió la continuacion de sus ayunos, sino con el mas insípido alimento; y que expuesto á la vicisitud é inclemencia de las estaciones, tenia cubierto su cuerpo con un vestido que formaba su suplicio, sería proponeros un exemplo capaz á confundiros; pero en su penitencia, aun hay un mérito mayor y mas puro que el de la penitencia misma. Sí, hermanos míos, por mas libre y austérea que pueda ser, no me admira tanto como la humildad que le acompaña. La humildad que le quita del trato y conocimiento de los hombres, le da un mérito, cuyo precio solamente Dios le conoce.

Pero quanto mas ingeniosa es la humildad para violentarse, otro tanto mas atentos son los hombres para descubrirla. El nombre de *Juan Bautista* se percibió hasta en la obscuridad de su desierto. En las montañas de Judéa resonaban ya sus alabanzas. Sus virtudes admiraban á la Sinagoga. Y se persuadian que era el Mesías prometido á Israél. Para informarse por él mismo de todo esto, se diputaron los mayores personages que habia en aquel tiempo. *Tu qui es* (1)?

¡Quán dificultoso es el que permanezca la virtud á vista de unas señales tan lisongeras! *Juan Bautista* no tiene mas que hablar, porque, como árbitro de su suerte, solo su pala-

(1) Joann. I. 19.

bra basta para ensalzarle al colmo de la gloria. En el concepto de los hombres era tenido por un Dios, y en boca de Dios era el mas grande de los hombres. Pero ¿qué es lo que le dicta la humildad?

Decir que no era el Mesías, era hacer justicia á la verdad. *Non sum* (1)! Decir lo contrario, sería un verdadero delito. Yo no tendré por virtud el haber desengañado á los pueblos crédulos. En efecto, decir lo que uno no es quando no es lo que se le atribuye, es obligacion que todo el Mundo tiene; pero no por eso se forma ningun mérito.

Mas tenerse uno por ménos de lo que es, despreciarse, abatirse y anonadarse, por decirlo así, en el sentimiento de su humildad, esto es un prodigio, y lo que justamente admiro yo en *Juan Bautista*. El es el Angel del Señor: el vínculo que une á la nueva y antigua Ley: el espejo de la penitencia: el ornamento de la soledad; y el modelo de todas las virtudes. Quando se considera á sí mismo, le parece no tener ninguno de estos méritos y virtudes. Se le figura que no es otra cosa, que una voz débil, que no dexa por donde se estiende señal alguna: y una voz, que no lo es sino mientras dexa de serlo. *Ego vox* (2).

¡O, exclamaría yo, y quán pronto se dexará oír en medio del bullicio de la corte! ¡ó voz temible! ¡quánta pesadumbre vas á cau-

(1) Joann. I. 21.

(2) Joann. I. 23.

sar á los malvados y delinquentes! *Juan Bautista*, debía ser admirable en su zelo despues de haber sido singular en su humildad.

¿Cómo estaba, pues, la Judéa quando se propuso reformarla? Gozaba de una profunda paz, cómo que estaba sometida á las leyes de los Césares. Pero una paz como aquella, no viene á ser otra cosa muchas veces que un fecundo origen de vicios y de desdichas. La depravación de las costumbres era general por toda ella. Ignorancia en los unos y superstición en los otros. El pueblo grosero, se empeñaba en el mal, porque no conocia el bien. Los grandes se habian hecho afeminados y luxuriosos, entregándose con otra tanta mayor libertad á sus pasiones, en quanto no habia ninguno que los reprehendiese. Decaido aquel primer esplendor de la Sinagoga, no tenia ya otra cosa respetable sino el nombre. El templo era el teatro donde se traficaba; y la mentira resonaba hasta en la cátedra de Moisés. Unos ministros interesados, y unos doctores hipócritas, triunfaban de la credulidad de los pueblos. En lugar de oponerse á tan horribles desórdenes, eran ellos sus primeros autores y daban el exemplo mas escandaloso.

¿Qué remedio, pues, para tantos males? El zelo de *Juan Bautista*. Zelo vehemente y lleno de fuerza, que persuade y atrae á sí á quantos le oyen; y zelo, en fin, lleno de amor divino, que empeña y arrastra á todos los pueblos al desierto. Apenas se oye la voz de *Juan Bautista* quando van con preci-

cipitacion á ponerse baxo el yugo de su obediencia. Los espantosos precipicios que cercan su retiro, son obstáculos muy débiles para el deseo que tenian de oírle. Jerusalén, pues, y toda la Judéa entera le siguen y le admiran. Nadie se puede resistir á sus órdenes, y se procura estudiar su voluntad. Las preocupaciones del entendimiento son destruidas, y los pensamientos del corazon desarraigados. Por la conversion de los pueblos se vió precisado á presentarse en la corte.

Aquella donde entónces residia Herodes, era mas bien que nunca el centro del vicio. En ella se vieron, digámoslo así, separados por las leyes dos corazones que se unieron por medio de un fuego criminal. Habiéndose olvidado aquel príncipe de lo que se debía á sí mismo, olvidó tambien lo que debía á sus vasallos. Sus desenfrenados deseos, eran la regla de su conducta; y como lisongeaba á sus pasiones un respetuoso silencio, se creía autorizado para satisfacerlas. Triunfaba la lascivia, y la verdad no se atrevia á dexarse ver.

Sin embargo, ella se manifestará, hermanos míos, por mas tiempo que haya estado cautiva, y se hará oír hasta en el trono. Desde el silencio del desierto, entendió *Juan Bautista* la deplorable situacion de la corte, é inmediatamente se trasladó á ella y se presentó delante del príncipe. ¡Qué cosa tan admirable! Yo veo aquí un ministro zeloso, que no sabe disimular lo que piensa. Allí un morisca, que, esclavo de sus pasiones, se deleyta en ver que se las alaban. Aquí el



rayo de la mentira ; y allí el enemigo de la verdad. ¡Qué extraños acontecimientos no se seguirán al verse *Juan Bautista* en presencia de Herodes !

Me parece que estoy viendo á nuestro Santo , que imitando á aquellos antiguos profetas penetra con intrepidez por entre la numerosa tropa de los guardas de la casa de Herodes , y que fixando su vista en él , le hace escuchar con una voz firme aquellas temibles palabras: "El fuego del amor que os une á la muger de vuestro hermano , es un fuego criminal y delinquente. Mi respeto os agraviaría , y parecería ser demasiado flaco si no me atreviera á decíroslo."

Tal es el language de una santa libertad: language , por desgracia , muy desconocido. Ya no existen aquellos tiempos en que se acostumbraba hablar sin fingimiento , reprehender sin acrimonia y condenar sin temor. Siempre se advierten los mismos vicios , pero no el mismo zelo. ¿Quántos Herodes hay en el mundo? ¿Quán pocos *Juan Bautistas*? Poquísimos imitadores hay de su zelo y aun ménos de su constancia.

Esta es entre todas las virtudes la mas rara y apreciable. Una sola prueba suya basta para abatir el ánimo mas grande. El corazón de nuestro héroe , excede á los mayores encarecimientos. Ninguna cosa le intimida. Desde luego prometió á Dios , que jamás igualaría el rigor de las persecuciones á la constancia de su valor.

Pero ¿á qué descripcion tan triste me condu-

duce sin sentir este asunto? Resalta el ódio: triunfa la venganza y se determina Herodes á dar contra *Juan Bautista*. Hace que se apoderen de él , y que le sepulsen entre los horrores de un obscuro calabozo. Llena de opprobrios la inocencia , le condena Herodes sin mas causa que la de no haber querido oír de su boca la verdad. Se advierte el crimen sobre el trono , y la virtud entre cadenas. *Joannes... in vinculis* (1). ¡Qué cosas tan opuestas!

Pero venid conmigo á aquella obscura mansion y contemplaréis un hombre libre á pesar de sus prisiones. Estas las convierte en una cátedra de verdad. Como que se me figura oír su voz , que exclama desde aquella tenebrosa caberna , y dice á Herodes : ¡O príncipe ! Dexad ese ilícito y detestable comercio. Romped , romped los lazos que os atan , y abandonad esa vergonzosa pasion que os hace amar lo que prohiben y menosprecian todas las leyes. *Non licet* (2). Jamas me harán adular estas fuertes cadenas ; ni seré traidor á la verdad por vuestra indigna flaqueza. Vos sois dueño de mi cuerpo , pero no de mi espíritu. Mis prisiones forman mis delicias : mi cautividad constituye mi gloria , ó por mejor decir , ¿ cómo he de ser yo cautivo , quando tengo la libertad de instruiros? No , no hay que dudar : mas firme será mi zelo en persuadiros , que ingenioso vuestro furor en perseguirme. *Non licet*.

¡ Heróyca é invencible constancia ! Ella

N 2 triun-

(1) Matth. II. 2.

(2) Matth. 6. 12.

triunfará hasta de la misma muerte::: Llega, por fin , el instante que Herodías esperaba, como muy favorable á su venganza. Celebró Herodes con brillantéz el dia de su nacimiento, y dispuso para ello un suntuoso festin. Con siguió agradarle en él la hija de Herodias por la suma ligereza y destreza delicada que manifestó en un bayle. Quando se ama á una persona todo quanto ella hace encanta y admira : Herodes se creyó dichoso en ofrecerla lo que le pidiese. *Pete à me , quod vis , & dabo tibi* (1). Aun la mitad de su reyno le parecia poca cosa para corresponder como debia á unas gracias que le encantaban. *Licet dimidium regni mei* (2).

Aprovéchate, cruel Herodías , de una ocasion que te proporciona la imprudencia. Decida tu fatal consejo la recompensa de un talento seductor ; y sea víctima de tu ambicion el objeto de tu ódio. Pon , pon el colmo á tus desaciertos con la muerte de *Juan Bautista*.

Pronuncia Herodías la fatal sentencia á nombre de su hija. Pero ¿qué fatalidad es la que obliga á Herodes á esta imprevista determinacion ? El gusta de oirla , aunque teme á *Juan Bautista*. *Libenter eam audiebat* (3). ¿Por qué se obligó con un juramento indiscreto ? Bien quisiera retractarse de él, pero no se atreve : el remordimiento le detiene : el respeto humano le domina : el crimen le espanta ; y el ser per-

(1) Marc. cap. 6. v. 22.

(2) Marc. 6. 23.

(3) Marc. 6. 20.

juro le intimida. Duda::: Y tal vez le hace temer su política una sublevacion del pùeblo. Pero muy en breve se disipó este temor. Calla la conciencia , triunfa Herodías, cede Herodes. Dase la sentencia y se executa. En fin , muere *Juan Bautista*. *Decollavit eum* (1).

Apartad , christianos , apartad la vista del mas horroroso espectáculo. Dexad que el furor llegue á los últimos excesos. Dexad que la inhúmana Herodías se alabe de su victoria: mirad con horror aquellos ensangrentados cabellos , aquella extinguida vista , y aquel rostro pálido y desfigurado. Y dexadla , en fin, que se atrevá á insultar por una crueldad inaudita á su mismo enemigo , aun despues de muerto.

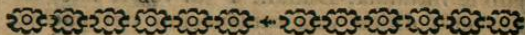
Mas aunque es tan funesto este exemplo, nos puede servir aquí de instruccion. Un delito es causa de otros infinitos. Por un objeto se sacrifican todos los demas. Las pasiones siempre tienen consequencias peligrosas. Deleyta el deseo , arrastra el pensamiento , se cede , y perdiendo muchas veces á la inocencia , se dexa de ser dueño de su razon. Obligado por su modo de proceder , casi siempre se obra por complacencia y nunca por reflexion.

Instruidos ya del modo de obrar de Herodes , procurémos imitar á *Juan Bautista*, para que su gloria sea el objeto de nuestra admiracion ; é imitemos su fidelidad , para que algun dia participémos de la corona de que goza él en la eterna bienaventuranza. Amen.

N 3

PA.

(1) Marc. 6. 27.



## PANEGÍRICO

DE SAN BUENAVENTURA,  
del Orden de San Francisco, Carde-  
nal, Obispo de Albano y Doctor  
de la Iglesia:

### PRONUNCIADO

*En la Iglesia de los Reverendos Padres  
Observantes del Convento llamado  
el Grande.*

*Magnus in medio tui Sanctus.* En medio  
de vosotros teneis un gran Santo.  
*Isaiás 12. v. 6.*

Sixto IV. hacia conocer al mundo christia-  
no con esta excelente señal las virtudes, cien-  
cia y gloria de *San Buenaventura*. Aquel elo-  
qüente Pontifice, daba mil parabienes á la  
Iglesia por habernos favorecido con un San-  
to, un Religioso humilde (1), un zeloso apóstol,

(1) *Bull. Canonis. S. Bonav.*

tol, un Doctor célebre, el ornamento de una  
Orden respetable, el oráculo de las sabias es-  
cuelas, el honor de la púrpura Romana, el  
consejo de los reyes, el apoyo de los sobera-  
nos Pontífices, el alma de los concilios y el de-  
fensor de la Religion. Regocijaos, exclamaba  
él, ó Sion, y cantad cánticos de alegría, por-  
que en medio de vosotros teneis un gran san-  
to, un santo que es el modelo, el panegirista  
y el héroe del amor divino. *Magnus in medio  
tui Sanctus.*

El amor es el que con particularidad ca-  
racteriza y distingue á los Serafines (1). En el  
orden de la gerarquía celestial se les ha desti-  
nado el lugar mas preeminente, porque abra-  
sados de la caridad, derraman el sagrado fuego  
por todos los corazones.

Esta es la doctrina del Seráfico Doctor. En  
ella encuentro su carácter y su elogio.

Abrasado *Buenaventura* del divino amor,  
junta á la erudicion rasgos únicos de santi-  
dad. *Sanctus. Punto primero.*

Abrasado *Buenaventura* del divino amor,  
junta á la erudicion rasgos únicos de gloria.  
*Magnus. Punto segundo. AVE MARIA.*

### PRIMERA PARTE.

¡Cuán respetables son aquellos talentos á  
quienes consagra y dirige el divino amor!  
¡Cuán útiles son! La caridad produce mi-  
lagros. Ella es la que hace hermanar en nues-  
tro Santo unos talentos superiores con una

N 4 tier-

(1) *Bonav. de Hierarb. Eccles.*